

*L'Histoire Sociale. Sources et Méthodes.* Colloque de l'École Normale Supérieure de Saint-Cloud (15-16 mai 1965). Publié avec le concours du Centre National de la Recherche scientifique et de l'Association des Anciens Élèves. Presses Universitaires de France. Paris, 1967, 298 págs.

Materia, contenido y forma resultan sugestivos en este libro. La materia, puesto que la historia social, como sector y orientación historiográfica, se halla en un momento interesante. Su variado contenido se despliega en forma de una serie de ponencias cortas, como es propio en un coloquio, seguidas de discusión. Posee características de concentración de graves problemas, de espontaneidad en su tratamiento por especialistas. Nombraremos a los ponentes al desmenuzar cada una de las partes de que se compone el libro; pero además están presentes en las discusiones historiadores del momento como: Labrousse, Mousnier, Vilar, por citar tres de los más conocidos.

Una meditación sobre método o fuentes, sobre modos de trabajo, puede —y suele— hacerse desde dos enfoques: unas veces, desde una especulación general sobre la historia, otras —más fecundas— desde los concretos problemas que plantea el historiar. Precisamente a esta última pertenecen los problemas y personas que participan en este coloquio de historiadores franceses en Saint-Cloud. Entonces afloran problemas y cuestiones —tal vez más humildes— pero de uso cotidiano para el historiador.

En este caso se han planteado desde la historia social. Ello no importa. La historia, con todas las perspectivas que se guste, es siempre una. Cada uno la verá desde su ángulo y de la manera que más le acomode siempre que sea rigurosa. Un ponente de estos coloquios dirá: «Para mí la historia social ha sido siempre *la historia*» (Goubert). Y, además, la historia social, tal como se cultiva en Francia hoy, es, sin duda, muy amplia y con deseos de lograr las mejores técnicas de penetración, de superarse.

Los temas expuestos y discutidos se agrupan en: problemas y fines de la historia social, utilización de las fuentes, organización del trabajo y, por último, relación con disciplinas análogas. Cuatro sectores en que se divide el libro y, para describirlos, quince ponencias con sus correspondientes —aunque no muy extensas— discusiones; la introducción y la conclusión a cargo de Ernest Labrousse. Al final, una moción unánime instando a la Dirección de los Archivos de Francia a clasificar e inventariar determinados documentos, solicitando que se microfilmen sistemáticamente otros, etc. Todas las recomendaciones, desde luego, instrumentales, muy concretas.

Al parecer, no se habían reunido los historiadores franceses desde 1957, en la Sorbona, con la participación de Georges Lefebvre. Ahora, la amabilidad de la *École Normale Supérieure de Saint-Cloud* depara nueva

ocasión de intercambio y reunión nacional a la escuela histórica francesa. Estas cosas, decía en su introducción, Ernest Labrousse. Y recordaba las grandes figuras de la escuela histórica francesa, de quien se consideran herederos: Sée, Hauser, Pirenne, Fustel, La Blache, y, más cercanos Lucien Febvre, Marc Bloch y Georges Lefebvre. En la conclusión recorría las distintas aportaciones y acababa deseando —proponiendo— un nuevo encuentro, incluso sugiriendo ya el tema: órdenes y clases. Mousnier, al terminar la primera comunicación, planteó la necesidad de una adecuada conceptualización histórica entre sociedad de clases, de castas y de órdenes; cambió observaciones con Labrousse —y otros— y al concluir ofrece el último volver, algún día sobre esa distinción.

Examinemos cada una de las cinco partes, materia del coloquio:

I. *Fines y problemas de la historia social*.—Con tres comunicaciones de muy diverso contenido. El título, general e inespecífico, se rellena desde muy diverso ángulo.

En primer término, Albert Soboul expondrá *Descripción y medida en historia social*. Trata de perfilar métodos de trabajo en historia general, ya que la historia social la resume toda. La historia de batallas y de acontecimientos, las biografías individuales deben ligarse en la historia social que es la historia del hombre, «precisamente en cuanto miembro de un grupo social y determinado socialmente».

Esta nueva dirección historiográfica comenzó apoyándose en la historia económica, en la coyuntura de precios u otras series, después ha derivado a ocuparse de las estructuras de la sociedad, de sus diversos sectores. Y ello cuantitativamente —desde 1956 ó 1957— con el correspondiente complemento cualitativo o descriptivo. Junto a las series de números elaborados, la calificación y apreciación de los hechos: «hace falta el recuento pero no basta». La clase social, por ejemplo, no se agota en lo numérico.

La segunda comunicación, de Maurice Crubellier, quiere fijar en su valor —como su título indica— *El acontecimiento en historia social*. El acontecimiento, acto de uno o varios hombres, datado, localizado, parece no interesar a la historia social, se le escapa. Busca las estructuras constantes o el movimiento de la coyuntura: dos técnicas decisivas; junto a ellas la descripción del encadenamiento de hechos sociales, sus cambios.

Y en estas técnicas el suceso es sólo símbolo, signo, nunca motor de la historia. Pues bien, demanda una reorientación que considere de nuevo más al hombre individual, a lo cultural creador, al lado de lo económico y social.

La última de esta serie es muy concreta: *La historia social del mundo romano antiguo: métodos y problemas*, su autor René Martin. Evidentemente, la aplicación de estos enfoques modernos al mundo antiguo es difícil. No se dispone de suficientes datos, de series documentales numerosas para una extensa recogida de noticias. A su juicio, en lo económico resulta casi imposible. En lo social muy difícil, pero, sin embargo,

existe una bibliografía que lo va intentando. Las fuentes son las literarias: y se van recogiendo. Cabe distribuir los autores —por cuadro— en aristocracia, grande o pequeña burguesía o clase servil, prescindiendo de los órdenes del derecho, poco significativos a este efecto; cabe rastrear en los diversos textos literarios, aunque muchos describen ambientes helénicos o ideales, todo lo más el de Roma ciudad, el de una minoría muy reducida. Y sigue enumerando los problemas.

II. *Investigación y utilización de las fuentes de la historia social.*— Bajo este título se agrupan tres comunicaciones en la segunda parte del coloquio de historiadores franceses. Jean Jacquart, *Las fuentes modernas: el siglo XVI*; Pierre Goubert, *Las fuentes modernas: los siglos XVII y XVIII*; y, la tercera, de Robert Lemaire, *Las fuentes contemporáneas: los siglos XIX y XX en Francia*.

El primero de ellos expone la situación de las fuentes documentales, de archivo, para elaborar la historia social francesa. La mayor o menor longitud de las series de documentos en el siglo, el estado de conservación de archivos, los tipos de documentos —o conjuntos— que pueden utilizarse para este siglo, etc. En suma, si bien a partir de fines del siglo xv aumentan en Francia las disponibilidades de documentos, sólo a partir de 1630-50 se puede considerar más completas las series.

La segunda comunicación apunta a otro sentido: hace notar que los impresos son muchas veces verdaderos inéditos, que en muchos libros —singularmente de Derecho— se encuentran solucionadas algunas de las cuestiones que se investigan en los archivos. También argumenta Pierre Goubert sobre la riqueza de los archivos parroquiales y los archivos privados, familiares, señoriales.

Precisamente en la discusión de esta ponencia surgen cuestiones de grave interés; entre otras el valor de los archivos judiciales y notariales para la historia social, para la descripción de clases, sus luchas, su situación; también Labrousse, además, determina las reglas o recomendaciones para el trabajo, sobre sus limitaciones y objetivos.

La comunicación de Robert Lemaire, en donde termina esta parte, da magnífica referencia y breve descripción de las fuentes necesarias para el estudio de cada aspecto, de individuos y grupos. En diversos momentos: 1800-1880, 1880-1940 y lo actual, en formación. En este último se preocupa, sobre todo, de cómo deberían montarse los archivos que están surgiendo hoy.

Toda esta sección —las tres comunicaciones—, dan preciosa información sobre la situación y posibilidades de los archivos en Francia.

III. *Organización del trabajo.*—Las comunicaciones de este grupo se refieren al uso de ordenadores al intento de una codificación de las profesiones históricas, al muestreo y al trabajo de equipo. Son cuatro las comunicaciones.

Robert Faure habló de *Máquinas y programas. Algunos puntos de vista sobre la utilización de máquinas para el manejo de la información*

en historia social. En la consulta de documentos —dijo— hay tres momentos: recogida de fichas, recuento y cuadros, reflexión y redacción. El tercero es el más noble, y se ha intentado buscar ayudas o valerse de dictáfono en el primero y usar ordenadores en el segundo. Expuso los métodos adecuados y más recientes, completándose la información en la discusión que siguió.

A cargo de Jacques Dupaquier estuvo el resto, las otras tres: *Problemas de la codificación socio-profesional. De la aplicación del muestreo a la historia social. Sugerencias para la organización del trabajo en equipo en historia social.*

El Instituto de Estadística ha elaborado en Francia un código o clasificación de categorías socio-profesionales. Es menester, sin género de duda, elaborar uno o más códigos de este tipo para la clasificación de los datos de archivo, de una manera uniforme y adecuada. Los trabajos de Mlle. Daumard —en 1962 y 1963— han iniciado este intento con gran fortuna para los siglos XVIII, XIX y XX. Es quizás demasiado pronto para llegar a este código, pero es preciso comenzar a laborar en esta dirección, para lograrlo. Habrá que tener en cuenta, para su confección, la actividad realizada y el sector a que pertenece, su status social, la clasificación jurídica —especialmente en sociedades de órdenes—, el nivel de renta y de fortuna, etc.

Sobre el método de muestreo procuró distinguirlo con claridad del estudio exhaustivo —tan costoso y difícil—, de la monografía, también exhaustiva sobre un tema, del estudio fragmentario por falta de documentos o la simple cata arbitraria. Es claro que, en ocasiones, no se puede examinar la población o el conjunto de datos. Entonces puede acudir a muestras debidamente escogidas que nos den —con una probabilidad determinada— las características de la población total. Y explica las nociones primeras de una acertada elección de muestra, las maneras de realizarla y la probabilidad correspondiente calculada.

En su tercera comunicación Dupaquier admite los escasos equipos que funcionan, las dificultades varias: costes o costumbres de los investigadores. Pero también advierte las graves dificultades que pueden vadearse mediante la labor en equipo. Las de tipo material, como lentitud en la recogida de datos, puede acelerarse con ayudantes. O las dificultades técnicas que se pueden allanar por la intervención de otros especialistas: estadísticos, economistas, arqueólogos, sociólogos, etc. Y, en especial, la ayuda moral que representa el sentirse unidos; de esta forma —dice— podían además salvarse para la historia la labor de muchos eruditos de tipo local. Incluso, al final, planea un esquema de equipo, referido al ambiente francés.

IV. *Historia social y disciplinas cercanas.*—Es la última parte del libro, del coloquio de Saint-Cloud.

Comienza André Blanc planteando *Historia social y geografía humana*. La interpretación es clara, cree. Porque al geógrafo le interesa la

evolución más inmediata, en su continuidad y con cierta proyección al futuro. A cambio, proporciona la geografía un análisis de la situación actual de las actividades, los hombres, la economía y la sociedad... La geografía humana estudia el paisaje alterado por el hombre, y en este respecto se halla cerca de la historia.

En la relación entre *Historia social y demografía*, que presenta Pierre Goubert se tocan dos puntos: el primero es evidente, la importancia de la demografía para la historia. Muestra una serie de ejemplos, sobre todo, acerca de la restricción de la natalidad en Francia y su precocidad. El segundo punto versa sobre la posibilidad de una demografía diferencial, por clases. A partir de fecha reciente es posible, incluso recomendable, aunque no se le oculten las dificultades que puede haber para determinar las clases. Trae algunos ejemplos de estudios de este tipo.

Jean Bouvier se ocupa de *Historia social e historia económica*. Aquella aprovecha la construcción de la coyuntura que realiza la historia económica, en ciclo corto o largo; también, dentro de cada ciclo, puede distinguirse los precios o la situación económica para cada clase o grupo. Razones económicas explican la jerarquización social; distribución de propiedad, de medios de producción, distribución de rentas son temas indispensables en la historia de la sociedad. También el poder económico, en relación al poder social, es zona de contacto.

Jacques Proust habla de *Historia social e historia literaria*. Esta suministra datos, noticias, referencias en los libros u obras que constituyen su objeto. Aquélla —la historia social— puede ayudarle a determinar el público de un autor, las relaciones entre las condiciones sociales del escrito y su creación y, también, las razones por las que una sociedad muestra tal o cual gusto literario. No se ha prestado amplia ayuda desde la historia social, al menos en Francia, pero pudiera ser mucha: la relación entre autor y público, contenidos de bibliotecas y difusión, hábito de lectura, producción y distribución de obras, asistencia e importancia del teatro, prestigio del autor en la sociedad, etc.

Por último, Bernard Bligny al tratar de *Historia social e historia religiosa* sugiere también valiosas perspectivas. Lo religioso, lo santo, tiene caracteres especiales: Cristo o Mahoma aparecen como un solo hombre enfrentado a la sociedad. Sin embargo, la experiencia de lo sagrado es colectiva, clérigos o minorías religiosas, por ejemplo, son temas en donde —aparte la singularidad de lo religioso— cabe ver interacción entre la historia social y la historia religiosa. La conexión —que reconoce plasmada en la dirección de Le Bras— es indudable. Las relaciones entre el Estado carolingio y la Iglesia, los monjes en la época medieval, son ejemplos que pone para resaltar la necesidad del entronque entre estas disciplinas.

Termina la obra con índice de intervenciones en las discusiones, además del general.